

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

10.- CONTEMPLAR A LOS SANTOS.

VER:

Este curso hemos estado viendo que ser cristiano conlleva un proceso, que comienza por ser discípulos, para ser apóstoles y teniendo como meta la santidad, algo que se tiene que ir realizando en el día a día. Pero esto no significa que estas tres fases se den separadas unas de otras: aunque uno comienza siendo discípulo, nunca deja de serlo, pues siempre tenemos que estar formándonos, nos tenemos que ir actualizando para “saber dar razones de nuestra esperanza a aquellos que nos la pidan” (cf. 1 Pe 3,15). Siempre tenemos que poner por obra aquello que hemos aprendido, somos enviados a la misión, somos discípulos-misioneros, pues vamos asumiendo tareas de apostolado; y la llamada a la santidad está presente desde el principio del proceso, desde nuestro bautismo.

Pero para sistematizar estos retiros, hemos seguido el orden de “discípulos – apóstoles – santos”. Y así, hemos ido viendo que, por haberse encontrado con Jesús, los primeros discípulos empiezan a vivir un proceso que les cambiará la vida para siempre, pero hoy millones de personas dicen que son cristianas, pero no han experimentado un verdadero encuentro con Jesús: no saben cómo vivió, ignoran su proyecto, su Evangelio. En definitiva, no han sido discípulos suyos.

También vimos que un apóstol es alguien escogido por Jesús para ser enviado. Es el eslabón de una cadena. Y que una vez que el Señor conquista el corazón de alguien, como en el caso de la samaritana, la existencia se transforma y se comunica la Buena Nueva. El encuentro con Jesús nos convierte en apóstoles. Un apostolado que está en los caminos, allí donde nos movemos y estamos, y no sólo en el templo.

También hemos visto que la santidad consiste en la unión con Dios. Pero esta unión con Dios, esta santidad, no se vive de un modo intimista y abstracto. Santo es aquél que, en el ámbito de sus limitaciones, características, cualidades y circunstancias personales se abre y responde a la gracia de Dios. Santo es aquél que comparte de forma profundamente personal la vida y el amor de Cristo, y difunde en torno a sí el calor de su amor, en las circunstancias en que se encuentra, en su vida ordinaria, porque lo rutinario, incluso vulgar, puede convertirse en el camino de santidad.

Con este retiro llegamos al final de nuestra reflexión, y hoy vamos a contemplar a los santos, amigos de Dios. Muchas personas tienen devoción a algún santo en concreto, o le ponen velas, o le rezan una Novena; pero a la vez, son muchos cristianos los que tienen una idea falsa de los santos. El criterio pietista y milagrero, angelical o acaramelado con que se describía en ocasiones a muchos santos y santas es algo que ya no va al hombre de hoy. Al mitificar a los santos con leyendas piadosas y deslumbrantes se les priva de su condición y valores humanos para pintarlos llenos de virtudes infusas y de poderes excepcionales o paranormales.

Pero aunque las estatuas de los santos estén hechas de madera, escayola o piedra, ellos eran y son de carne y hueso. Las biografías actuales de los santos se escriben de manera muy realista. No se ensalzan las narraciones legendarias, al contrario, se acentúa la realidad desnuda: eran y son hombres y mujeres con cualidades, defectos problemas como los demás, pero que se tomaron en serio el seguimiento de Cristo. Lo extraordinario de su vida consistió en su vivencia a fondo de la fe, la esperanza y el amor.

Para la reflexión:

- ¿A qué santo o santos tengo especial devoción? ¿Cómo manifiesto esa devoción? ¿Qué sé de su vida? ¿Tiene elementos legendarios y milagreros? ¿Influye esto en mi devoción?

JUZGAR:

Los santos no fueron ni son personas apocadas o evadidas de la realidad. No hay santo posible sin valores humanos y sin gran madurez personal, porque no puede haber santo sin amor a Dios y a los hermanos. Y el amor no es pasivo, sino activo, plenificador, altruista, inconformista.

Los santos fueron, sencillamente, cristianos de verdad, porque la santidad no es una competición olímpica para batir una marca, batir el record del mundo, sino un esforzarse en lo cotidiano, pero sin desanimarse, como hombres y mujeres conducidos por el Espíritu que nos transforma en imagen de Cristo, (nuestro entrenador) si nosotros colaboramos, para poder batir nuestro record personal.

Por eso, la aventura de la santidad cristiana no está vinculada a un estilo de vida concreto o a una época determinada: no se excluye a nadie. Hay tantos tipos y vocaciones de santos cuantas situaciones humanas existen. El Espíritu del Señor sopla donde quiere y Dios está allí donde un hombre o una mujer le responden incondicionalmente. Una respuesta que sigue el estilo de las Bienaventuranzas.

Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles:

-«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios.

Dichosos los perseguidos por ser justos, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa.

Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.»

El Papa Benedicto XVI escribió en una ocasión que al visitar un jardín botánico, nos sorprende la variedad de plantas y flores, y resulta natural pensar en la fantasía del Creador, que ha transformado la tierra en un maravilloso jardín. Y dijo también que experimentamos un sentimiento análogo cuando consideramos el espectáculo de la santidad: el mundo se nos presenta como un “jardín”, donde el Espíritu de Dios ha suscitado con admirable fantasía una multitud de santos y santas, de toda edad y condición social, de toda lengua, pueblo y cultura.

Cada uno es diferente del otro, con la singularidad de la propia personalidad humana y del propio carisma espiritual. Pero todos llevan grabado el “sello” de Jesús, es decir, la huella de su amor, testimoniado a través de la cruz. Todos viven ahora felices, en una fiesta sin fin pero, como Jesús, conquistaron esta meta pasando por fatigas y pruebas, afrontando cada uno su parte de sacrificio para participar en la gloria de la resurrección.

En este sentido, la solemnidad de Todos los Santos se fue consolidando durante el primer milenio cristiano como celebración colectiva de los mártires. Pero podemos entender este martirio en sentido amplio, es decir como testimonio, como amor a Cristo sin reservas, amor que se expresa en la entrega total de sí a Dios y a los hermanos.

Esta meta espiritual, a la que tienden todos los bautizados, se alcanza siguiendo el camino de las Bienaventuranzas evangélicas. Es el mismo camino trazado por Jesús y que los santos y santas se han esforzado por recorrer, aun siendo conscientes de sus límites humanos.

En su existencia terrena han sido pobres de espíritu, han sentido dolor por los pecados, han sido sufridos, han tenido hambre y sed de justicia, han sido misericordiosos, limpios de corazón, han trabajado por la paz y han sido perseguidos por ser justos. Y Dios los ha hecho partícipes de su misma felicidad: la gustaron anticipadamente en este mundo y, en el más allá, gozan de ella en plenitud. Ahora han sido consolados, han heredado la tierra, han sido saciados, perdonados, ven a Dios, de quien son hijos. En una palabra, “de ellos es el Reino de los cielos”.

Su testimonio debería reavivar en nosotros la atracción hacia el cielo, impulsarnos a apresurar el paso de nuestra peregrinación terrena. Su testimonio debería hacernos sentir que se enciende en nuestro corazón el deseo de unirnos para siempre a la familia de los santos, de la que ya ahora tenemos la gracia de formar parte.

No estamos solos, estamos rodeados por una gran nube de testigos: con los santos formamos el Cuerpo de Cristo, con ellos somos hijos de Dios, con ellos hemos sido santificados por el Espíritu Santo. La multitud de los santos intercede por nosotros ante el Señor: nos acompaña en nuestro largo caminar hacia el Reino y nos estimula a mantener nuestra mirada fija y amorosa en Jesús, nuestro Señor, que vendrá en la gloria en medio de sus santos.

Para la reflexión:

- Medito estas afirmaciones sobre los santos, y las contrasto con la idea que yo tengo de ellos:
 - Los santos no fueron ni son personas apocadas o evadidas de la realidad. No hay santo posible sin valores humanos y sin gran madurez personal.
 - Los santos fueron, sencillamente, cristianos de verdad, porque la santidad no es una competición olímpica para batir una marca, batir el record del mundo, sino un esforzarse en lo cotidiano, pero sin desanimarse, como hombres y mujeres conducidos por el Espíritu que nos transforma en imagen de Cristo, (nuestro entrenador).
 - Todos viven ahora felices, en una fiesta sin fin pero, como Jesús, conquistaron esta meta pasando por fatigas y pruebas, afrontando cada uno su parte de sacrificio para participar en la gloria de la resurrección.
 - Su testimonio debería hacernos sentir que se enciende en nuestro corazón el deseo de unirnos para siempre a la familia de los santos, de la que ya ahora tenemos la gracia de formar parte.
 - Con los santos formamos el Cuerpo de Cristo, con ellos somos hijos de Dios, con ellos hemos sido santificados por el Espíritu Santo.

Los santos no son una selecta casta de elegidos, sino una muchedumbre innumerable, hacia la que debemos elevar nuestra mirada. En esa muchedumbre no están sólo los santos reconocidos de forma oficial, sino también los bautizados, de todas las épocas y naciones, que se han esforzado por cumplir con amor y fidelidad la voluntad divina. De gran parte de ellos no conocemos ni el rostro ni el nombre, pero con los ojos de la fe los vemos resplandecer en el firmamento de Dios.

Los santos, antes de vivir cerca de Dios “allá arriba”, se han superado “aquí abajo”, han batido su propio record personal. Antes de ser coronados en el cielo, han tragado abundantemente el polvo de la tierra. Más que “estar en las nubes”, donde a veces se les representa, han demostrado que saben ejercitarse, correr por nuestros caminos y han gastado varios pares de zapatillas.

Los santos, como dijimos en el anterior retiro, han llevado una existencia ordinaria como la nuestra, con nuestras mismas dificultades, esfuerzo y consiguiente cansancio, problemas, preocupaciones varias...

Han tropezado en su camino con el mismo prójimo “difícil” o desagradable que encontramos nosotros.

Han dado el callo en su trabajo aburrido o repetitivo como el nuestro.

Su fidelidad tenía el mismo precio que la nuestra. Y tampoco para ellos los sacrificios resultaban agradables.

Y las cosas que tenían que hacer no siempre entraban en la categoría de sus “gustos”. Exactamente como nosotros.

Por tanto, contemplemos a los santos, venerémosles, pero tengamos presentes que ellos no necesitan nuestros honores y no ganan nada con nuestro culto. Ellos son ante todo modelos a seguir, y en ellos debemos ver un ejemplo que suscite el deseo de ser como ellos para vivir eternamente cerca de Dios. Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia: ésta es la vocación de todos nosotros.

Pero, ¿cómo podemos llegar a ser santos, amigos de Dios? A esta pregunta se puede responder ante todo de forma negativa: para ser santos no es preciso realizar acciones y obras extraordinarias, ni poseer carismas excepcionales.

Luego viene la respuesta positiva: es necesario, ante todo, escuchar a Jesús y seguirlo sin desalentarse ante las dificultades. Quien se fía de Él y lo ama con sinceridad, acepta morir a sí mismo como el grano de trigo sepultado en la tierra, pues sabe que quien quiere guardar su vida para sí mismo la pierde y, quien se entrega, quien “se pierde a sí mismo”, encuentra así la vida.

La experiencia de la Iglesia demuestra que toda forma de santidad, aun siguiendo sendas diferentes, pasa siempre por el camino de la cruz, el camino de la renuncia a uno mismo. Las biografías de los santos presentan hombres y mujeres que, dóciles a los designios divinos, han afrontado a veces pruebas y sufrimientos indescriptibles, persecuciones y martirio, han perseverado en su entrega.

El ejemplo de los santos es para nosotros un estímulo a seguir el mismo camino, a experimentar la alegría de quien se fía de Dios, porque la única verdadera causa de tristeza e infelicidad para el hombre es vivir lejos de Él.

La santidad exige un esfuerzo constante, pero es posible a todos porque, más que obra del hombre, es ante todo obra de Dios, el único Santo, como vimos en un retiro anterior. Es Dios quien nos ha amado primero y en Jesús nos ha hecho hijos adoptivos. En nuestra vida todo es don de su amor. ¿Cómo quedar indiferentes ante un misterio tan grande? ¿Cómo no responder al amor del Padre celestial con una vida de hijos agradecidos? En Cristo se nos entregó totalmente a sí mismo, y nos llama a una relación personal y profunda con Él.

Por tanto, cuanto más seguimos a Jesús y permanecemos unidos a Él, tanto más entramos en el misterio de la santidad divina. Descubrimos que somos amados por Él de modo infinito, y esto nos impulsa a amar también a nuestros hermanos. Amar implica siempre un acto de renuncia a uno mismo, “perderse a sí mismo”, y precisamente así encontramos la felicidad.

Por eso, como hijas e hijos amados recibimos también la gracia para soportar las pruebas de esta existencia terrena: el hambre y la sed de justicia, las incomprendiciones, las persecuciones... pero al mismo tiempo heredamos ya desde ahora lo que se promete en las Bienaventuranzas.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: Los santos, como dijimos en el anterior retiro, han llevado una existencia ordinaria como la nuestra, con nuestras mismas dificultades, esfuerzo y consiguiente cansancio, problemas, preocupaciones varias... Han tropezado en su camino con el mismo prójimo “difícil” o desagradable que encontramos nosotros. Han dado el callo en su trabajo aburrido o repetitivo como el nuestro. Su fidelidad tenía el mismo precio que la nuestra. Y tampoco para ellos los sacrificios resultaban agradables. Y las cosas que tenían que hacer no siempre entraban en la categoría de sus “gustos”. Exactamente como nosotros. ¿Qué ocasiones para “ser santo” descubro en mi vida cotidiana?
- Medito este párrafo: Contemplemos a los santos, venerémosles, pero tengamos presentes que ellos no necesitan nuestros honores y no ganan nada con nuestro culto. Ellos son ante todo modelos a seguir, y en ellos debemos ver un ejemplo que suscite el deseo de ser como ellos para vivir eternamente cerca de Dios. Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia. Cuando venero a algún santo, ¿se enciende en mí ese deseo de imitarle, o sólo quiero que me conceda lo que le pido?
- Medito este párrafo: La santidad exige un esfuerzo constante, pero es posible a todos porque, más que obra del hombre, es ante todo obra de Dios. Es Dios quien nos ha amado primero. ¿Cómo quedar indiferentes ante un misterio tan grande? ¿Cómo no responder al amor del Padre celestial con una vida de hijos agradecidos?

ACTUAR:

En la oración, preguntemos a los santos su secreto común. ¿Cómo hombres y mujeres tan distintos por su época, su ambiente y su edad, pudieron alcanzar el grado de sencillez y de equilibrio, en el que se conjugan la impotencia y la audacia, la debilidad y la santidad, la apatía y la gracia, en una palabra, la humanidad y Dios?

Cada santo es un maravilloso prototipo del que aprendemos cómo Dios y el hombre trabajan juntos. Y uno de los secretos de ese trabajo conjunto es la humildad. La humildad no es debilidad: en el cristianismo la humildad entra en juego cuando se aspira a grandes cosas, como es alcanzar la meta de la santidad.

Es la cualidad del que tiene grandes ideales: la humildad es la elección de las grandes escaladas, y no el de las suaves colinas; es la elección de quien quiere correr una maratón, y no sólo un paseo. La humildad es la virtud del Magnificat, porque si María pudo decir “el Poderoso ha hecho obras grandes por mí”, es porque antes había afirmado “porque ha mirado la humildad y pequeñez de su esclava”.

La humildad es pues la manera de ser que entra en juego cuando se desean emprender grandes cosas. Pero cuando pretendemos realizar acciones difíciles también tenemos cierta conciencia de lo limitado de nuestras fuerzas, y como tememos volvemos atrás ante el esfuerzo, necesitamos una fuerza de resistencia suplementaria. Y, paradójicamente, como suele ocurrir en las cosas de Dios, esa fuerza de resistencia suplementaria es la humildad.

La humildad es la cualidad que entra en juego cuando se aspira a grandes cosas precisamente para que no nos alcemos por encima de nuestra condición de criaturas, para que no nos dejemos llevar por nuestro orgullo. El orgullo también nos hace tender hacia grandes cosas, pero poniendo por delante nuestro propio yo y nuestra pretendida y a menudo ilusoria grandeza.

Y fracasamos porque el orgullo impide a Dios realizar obras grandes por nosotros, al contrario que en María. Ella, sabiendo que recibía en su seno al Hijo de Dios hecho hombre, sabía también que no era nada y que todo lo recibía de Dios.

La humildad no consiste en ojos bajos o en voz suave. La humildad es la pobreza espiritual, la primera bienaventuranza. Por eso todos los santos la han buscado y coinciden en ella. La humildad está hecha exclusivamente de amor, es cuestión de amor. El amor es todo. El amor es el que “hace” humildes y santos. El santo es alguien que no tiene miedo de “dejarse amar” por Dios. Si la santidad nos parece difícil, casi imposible, es porque no tenemos la humildad de dejarnos amar, nos asusta la idea de abandonarnos confiadamente en el amor de Dios.

Mirar a Dios y su grandeza de amor es la mirada principal del humilde, del santo. Una sola mirada sobre el amor de Dios hacia nosotros nos hace aceptar totalmente nuestra miseria y confiar en que Dios quiere y puede librarnos de ella a condición de que le dejemos hacer en nosotros. Por eso la humildad de corazón es fuente de libertad, porque nos saca de nuestro egocentrismo, de mirarnos a nosotros mismos, para poner nuestra mirada en Dios y así avanzar en el camino de la santidad.

El testimonio de los santos nos recuerda que cada época, o que cualquier lugar, constituye una oportunidad que Dios nos concede para hacer de Cristo el centro de nuestra vida, el proyecto a seguir. Los santos nos muestran que el Evangelio carece de fecha de caducidad: no es algo que pertenece al pasado, no es algo muerto, sino algo plenamente actual, vivo y creativo.

La vida de los santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los santos es evidente que quien va hacia Dios no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos.

Los santos son para nosotros amigos y modelos de vida. Invoquémoslos, recémosles y meditemos con ellos para que nos ayuden a imitarlos y esforcémonos por responder con generosidad, como hicieron ellos, a la llamada divina.

Para la reflexión:

- Con sinceridad, ¿cómo evalúo mi grado de humildad? ¿Cómo puedo ejercitarme en ella?
- Los santos son para nosotros amigos y modelos de vida. Invoquémoslos, recémosles y meditemos con ellos para que nos ayuden a imitarlos y esforcémonos por responder con generosidad, como hicieron ellos, a la llamada divina. Elijo algún santo o santa para profundizar en su vida y que me ayude a avanzar por mi camino personal del santidad.

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

10.- CONTEMPLAR A LOS SANTOS

VER:

- ¿A qué santo o santos tengo especial devoción? ¿Cómo manifiesto esa devoción? ¿Qué sé de su vida? ¿Tiene elementos legendarios y milagreros? ¿Influye esto en mi devoción?

JUZGAR: Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles:

- «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios.

Dichosos los perseguidos por ser justos, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa.

Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.»

- Medito estas afirmaciones sobre los santos, y las contrasto con la idea que yo tengo de ellos:
 - Los santos no fueron ni son personas apocadas o evadidas de la realidad. No hay santo posible sin valores humanos y sin gran madurez personal.
 - Los santos fueron, sencillamente, cristianos de verdad, porque la santidad no es una competición olímpica para batir una marca, batir el record del mundo, sino un esforzarse en lo cotidiano, pero sin desanimarse, como hombres y mujeres conducidos por el Espíritu que nos transforma en imagen de Cristo, (nuestro entrenador).
 - Todos viven ahora felices, en una fiesta sin fin pero, como Jesús, conquistaron esta meta pasando por fatigas y pruebas, afrontando cada uno su parte de sacrificio para participar en la gloria de la resurrección.
 - Su testimonio debería hacernos sentir que se enciende en nuestro corazón el deseo de unirnos para siempre a la familia de los santos, de la que ya ahora tenemos la gracia de formar parte.
 - Con los santos formamos el Cuerpo de Cristo, con ellos somos hijos de Dios, con ellos hemos sido santificados por el Espíritu Santo.

-
- Medito este párrafo: Los santos, como dijimos en el anterior retiro, han llevado una existencia ordinaria como la nuestra, con nuestras mismas dificultades, esfuerzo y consiguiente cansancio, problemas, preocupaciones varias... Han tropezado en su camino con el mismo prójimo “difícil” o desagradable que encontramos nosotros. Han dado el callo en su trabajo aburrido o repetitivo como el nuestro. Su fidelidad tenía el mismo precio que la nuestra. Y tampoco para ellos los sacrificios resultaban agradables. Y las cosas que tenían que hacer no siempre entraban en la categoría de sus “gustos”. Exactamente como nosotros. ¿Qué ocasiones para “ser santo” descubro en mi vida cotidiana?

- Medito este párrafo: Contemplemos a los santos, venerémosles, pero tengamos presentes que ellos no necesitan nuestros honores y no ganan nada con nuestro culto. Ellos son ante todo modelos a seguir, y en ellos debemos ver un ejemplo que suscite el deseo de ser como ellos para vivir eternamente cerca de Dios. Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia. Cuando venero a algún santo, ¿se enciende en mí ese deseo de imitarle, o sólo quiero que me conceda lo que le pido?
- Medito este párrafo: La santidad exige un esfuerzo constante, pero es posible a todos porque, más que obra del hombre, es ante todo obra de Dios. Es Dios quien nos ha amado primero. ¿Cómo quedar indiferentes ante un misterio tan grande? ¿Cómo no responder al amor del Padre celestial con una vida de hijos agradecidos?

ACTUAR:

- Con sinceridad, ¿cómo evalúo mi grado de humildad? ¿Cómo puedo ejercitarme en ella?
- Los santos son para nosotros amigos y modelos de vida. Invoquémoslos, recémosles y meditemos con ellos para que nos ayuden a imitarlos y esforcémonos por responder con generosidad, como hicieron ellos, a la llamada divina. Elijo algún santo o santa para profundizar en su vida y que me ayude a avanzar por mi camino personal del santidad.

Yo quiero ser santo Canción Grupo Emmanuel

Purifícame, límpiame Señor, cual oro puro.
 Purifícame y hazme como Tú: Santo.
 Amor de Dios, Fuego purificador.
 Yo, quiero ser: santo. Consagrado a Ti mi Señor.
 Yo, quiero ser: santo. Consagrado a Ti mi Señor.
 para hacer tu Voluntad,
 para hacer tu Voluntad,
 Purifícame, llena mi interior y hazme santo.
 Purifícame, soy un pecador Oh Señor.
 Amor de Dios, Fuego purificador.
 Yo, quiero ser: santo. Consagrado a Ti mi Señor.
 Yo, quiero ser: santo. Consagrado a Ti mi Señor.
 para hacer tu Voluntad.

https://www.youtube.com/watch?v=Gn6DNpHT_xY

